

EL NACIONALISMO CON EL QUE ROMPIMOS, EL SOCIALISMO QUE DEFENDEMOS

MÒNICA CHIRIVELLA

«Cuando la hipocresía comienza a ser de muy mala calidad, es hora de comenzar a decir la verdad».

Bertolt Brecht

Vivimos un momento de grandes transformaciones. Por ello, para entender la ruptura que se está produciendo hoy con el nacionalismo por parte del naciente movimiento socialista hay que conocer sus influencias previas y las tradiciones de las que este se está separando. Así, en las líneas que siguen intentaremos explicar la naturaleza socialdemócrata, nacionalista e interclasista de la Esquerra Independentista (EI) y su fundamentación estratégica, la Unitat Popular (UP), para

tratar de deslindar líneas con una propuesta socialista para nuestro presente.

La hipótesis que se analizará es que la Unitat Popular es una expresión estratégica en consonancia con los intereses de la clase media. No la única expresión, pero sí la más importante en nuestro contexto. Lo que nos corresponde es, entre muchas otras cosas, entender el momento que vivimos. Y es que lo que necesitamos para conseguir que el comunismo vuelva a ser un proyecto deseable para el proletariado no es únicamente describir lo que ocurre con la sociedad y señalar aquellos proyectos políticos que nos son antagónicos. Lo que necesitamos es entender por qué existen esos proyectos políticos, a qué lógicas responden y cómo operan en la formación social capitalista.

El siguiente capítulo es un intento para contribuir al debate político entorno a los nacionalismos. Tomará una expresión muy concreta, centrándose en la tendencia de lo que se ha denominado “nacionalismo revolucionario”, que nosotras vamos a intentar mostrar como una contradicción en sus propios términos. La razón para hacer esta concreción es que el Movimiento Socialista rompe con una tradición nacionalista que ha tenido un carácter influyente en diferentes territorios del Estado español, sobre todo en Euskal Herria y Catalunya. Dicha influencia no debe ser ignorada, pues nos influye también a nosotros mismos y debemos estudiarla y tenerla presente para poder superarla.

Además, este capítulo hace referencias a los “nacionalismos revolucionarios” en términos generales, pero se centra sobre todo en el caso catalán. Este hecho responde a la necesidad de señalar las particularidades concretas que se han dado en el territorio de los Países Catalanes, pues hay ciertos elementos que se diferencian del caso vasco, castellano o aragonés, entre otros. Por ejemplo, la posición más radical de la CUP respecto a Bildu, la referencialidad que tiene Arran en ciertos territorios o el contexto político convulso que se ha

vivido en Catalunya a raíz del proceso independentista vivido los últimos años. En todo caso, creemos que es necesario incorporar ciertos elementos de reflexión que nos permitan avanzar posiciones en este punto, pues siendo pertinente para cualquier tema, pero más si cabe para la cuestión nacional:

«La dialéctica de los debates no se sitúa, sin embargo, al solo nivel de la ideología. Está anclada en el terreno mismo de la praxis. Ha sido ante la necesidad de definir una actitud táctica, de elaborar un programa político, que se han llevado a cabo los intentos de conceptualización, que se han modificado o desarrollado, conservado o adaptado, soluciones apenas esbozadas por los fundadores [del marxismo]»²⁰⁷.

Para concluir con esta introducción, queríamos concretar por tanto nuestra firme voluntad de hacer política. Nuestra voluntad de dejar atrás todos aquellos moralismos, espectáculos y chantajes. Con lo cual, todo lo que aquí sigue, como todo lo que encontramos en el resto de capítulos, es fruto del trabajo colectivo, de la militancia socialista de diferentes territorios. Es, pues, política en todo su sentido.

RUPTURA Y DUELO

Es una costumbre vieja la de echar la vista atrás en momentos de confusión política, porque se tiende a percibir los momentos de génesis de un movimiento como los momentos con mayor éxito y certeza, de mejor lucidez y templanza. Decía Hobsbawm que el pasado legitima a los nacionalismos. Que cuando el presente tiene poco que celebrar, el pasado proporciona un trasfondo más glorioso²⁰⁸. La nostalgia, no obstante, es enemiga del cambio y debemos deshacernos de ella tanto como de todos los otros analgésicos que nos extirpan el sentido crítico y la capacidad de innovar y mejorar nuestras aportaciones a la revolución.

207. Haupt, G.; “Los marxistas frente a la cuestión nacional: La historia del problema”, en: Sobre la cuestión nacional (Recopilación de textos), Ediciones Uno en dos, 2021, p. 55

208. Hobsbawm, E.; Sobre el nacionalismo, Crítica Ed., Barcelona, 2021.

Los marxistas deberíamos rechazar frontalmente cualquier idea que nos comprometa políticamente con el pasado. Una cosa es tener memoria y recordar toda victoria y derrota para aprender de ellas; recordar los que nos precedieron para sentir su fuerza y aliento. En cambio, otra cosa bien distinta es defender unos principios porque siempre han sido así, porque así estaban cuando llegué, porque otros los defendieron antes que nosotros, porque se murió por ellos ante los enemigos que aún hoy nos oprimen. No se trata de matar al padre, ni de olvidar. Se trata de aprender.

Marx ya dijo aquello de que la historia se repite dos veces: la primera como una gran tragedia y la segunda como una miserable farsa. Los nacionalismos de hoy parecen regocijarse en la segunda. Seguramente, por trivial que pueda sonar, una de las tareas más urgentes de los comunistas de hoy es aprender simplemente a distinguir lo verdadero de lo falso. Cuando nosotros, el emergente Movimiento Socialista, emprendimos el camino hacia la organización comunista, estábamos desprendiéndonos de una parte importantísima de nosotros mismos, de nuestra personalidad militante, de nuestra vida cotidiana, de nuestra propia historia. Los militantes del incipiente Movimiento Socialista en los Países Catalanes tuvimos que realizar ese complejo ejercicio de ruptura con lo inerte, con lo ya pasado, con lo que no puede ni podrá llevarnos a superar la dominación.

Rompimos con la Esquerra Independentista catalana y su programa socialdemócrata y especialmente nacionalista; un programa que muchas veces quisimos mejorar, renovar, reformar, reformular y que siempre se nos acababa volviendo en contra. Creíamos la farsa, pero a estas alturas de la historia, ya hemos conocido demasiadas farsas y, también, demasiados farsantes. Era, pues, un deber de la militancia comunista el romper con la hipoteca del pasado. Romantizar lo pasado solamente había supuesto un crematorio para cientos de militantes comunistas que acabaron abandonando la política porque siempre se les soslayaba de una manera u otra,

a menudo apuntando que nunca era el momento ni el lugar adecuados para hablar de política.

Ha sido a partir de preguntarnos millones de veces si esos principios fundacionales eran certeros o mero aventurerismo político que hemos tratado de superar el paradigma de la EI, empezando a plantear nuevas hipótesis. Una de ellas es la ruptura con la base ideológica y estratégica de la Esquerra Independentista: el “nacionalismo revolucionario” y su plasmación práctica, la Unitat Popular. A todo aquel conjunto de ideas, nosotros le oponemos la comprensión del comunismo como un proyecto de totalidad que apunta hacia una necesidad elemental: la independencia política de la clase trabajadora y su unidad internacional a nivel global.

EL NACIONALISMO CON EL QUE ROMPIMOS

La Esquerra Independentista catalana sustenta su proyecto en el planteamiento de la existencia de tres ejes de opresión: la opresión nacional, la social y la de género. A estas tres opresiones o dominaciones, les opone tres ejes de lucha: la independencia y unificación de los Países Catalanes, el socialismo y el feminismo. Estas formulaciones pueden ser encontradas en otros movimientos de liberación nacional, como el vasco y la Esquerra Abertzale o el castellano y la Izquierda Castellana. Todas ellas se centran en explicar una y otra vez que el socialismo, el feminismo y el independentismo son ejes de lucha inseparables, que no se pueden entender de manera aislada. Aun así, dentro de los sectores oficialistas de la Esquerra Independentista todavía no hay consenso sobre dichos ejes: no se sabe si son ideológicos, tácticos, estratégicos, paradigmáticos, programáticos o dogmas de fe. Una dificultad para analizar este planteamiento basado en ejes es precisamente la falta de producción teórica de la EI, la cual, acentuando todavía más la tendencia de su homóloga vasca, no ha dedicado muchos esfuerzos en hacer una justificación y profundización en sus propias bases teóricas. Nos encontra-

mos ante un movimiento caracterizado por la falta de precisión y el desprecio por el debate político. Las consecuencias, desde luego, son catastróficas para cualquiera que pretenda hacer una revolución: desorientación de la militancia y falta de preparación política de la misma, inversión de esfuerzos militantes en tareas que acaban en saco roto, represión gratuita derivada de la falta de planificación y ejecución de los planes, etcétera.

Esto responde, en parte, a un modelo de militancia caracterizado por el desdén hacia el debate y la reflexión, donde se ve con malos ojos a quien plantea dudas y se presentan la teoría y la práctica como dos elementos en tensión mutua; de esta manera, la radical reducción al absurdo está servida: o *haces cosas* para ser un *agente político* o lees libros para ser un mero teórico. Esta tendencia irreflexiva se puede observar en muchos otros espacios políticos y viene dada, también, por el contexto histórico en el que se desarrolla: la derrota del comunismo y la falta de referencias eficaces y motivadoras hacen que las generaciones de jóvenes militantes nos equivoquemos muchas más veces de las que quizás nos podríamos permitir; la propaganda anticomunista esparcida de punta a punta del globo ha metamorfoseado en cientos de ideas acientíficas y sofismas tan desmovilizadoras como dañinas. Al mismo tiempo, la cultura individualista en la que crecemos nos hace enemistarnos de manera banal, rehuyendo del debate para evitar el conflicto, pero reaccionando virulentamente ante quien nos pone en duda.

No obstante, a pesar de las dificultades para entender sus planteamientos, es fácilmente detectable que la EI no entiende el comunismo como un proyecto derivado desde la crítica práctica de la totalidad capitalista y que, por lo tanto, contrapone a esta otra organización social igualmente totalizadora. Cuando afirmamos que el comunismo es un proyecto de totalidad no queremos decir, ni mucho menos, que haya problemáticas que se resuelven automáticamente y de manera mecánica aplicando un tinte rojo a la realidad. No queremos

decir “proletarios, uníos y los males se acabarán solo por estar unidos”. Lo que se afirma desde la Crítica de la Economía Política es que los procesos de valorización del capital son complejos y que comportan el desarrollo de diferentes tipos de dominación, pero que todos ellos son encarnaciones prácticas del poder burgués, siendo la burguesía la clase dominante de esta fase de la historia.

Así pues, una de las enormes tareas que estamos afrontando desde el medio de expresión Horitzó Socialista es la de estudiar las diferentes opresiones según sus orígenes, sus efectos en la clase trabajadora y según la función²⁰⁹ que cumplen para las sociedades clasistas; concretamente, en el capitalismo, que es la fase actual de dichas sociedades. Es importante subrayar esta última idea, ya que hay quien ha intentado relegar al marxismo a un segundo plano a través del argumento de que algunas opresiones preexisten al capitalismo. Lo que debemos revelar y redescubrir es que no existe opresión (tal y como las entendemos en la actualidad, relacionadas con elementos sexuales, de género, de etnia, religiosas, territoriales, culturales, nacionales, vinculadas a la identidad, etc.) previa a la existencia de las clases sociales, las cuales comienzan a surgir en el Neolítico (ca. 6000 a. C.) y toman cientos de formas diferentes a medida que se va desarrollando la historia humana²¹⁰. Este es el *quid* de la cuestión: entender por qué las sociedades con clases necesitan tantos tipos de violencia y dominación, qué papel juegan para mantener la existencia de las clases sociales y cómo se beneficia la clase dominante de cada etapa histórica. Y esto supone asumir que claro que hay opresiones previas al capitalismo, pero que es precisamente por ello por lo que la clase trabajadora tenemos aquella misión histórica de la que tanto habló Marx: que el proletariado es la primera clase de toda la historia de la humanidad que tiene la capacidad de acabar con las sociedades clasistas. Y ello porque por las determinaciones materiales que reúne, su acción política consciente, la asociación entre proletarios en el Partido Comunista, permite superar la dominación intrínseca a las sociedad clasistas y construir el comunismo como

209. Para no caer en el funcionalismo, es especialmente importante que separemos las causas de la función. Aunque pueda haber una relación entre ambas, el estudio del desarrollo histórico debe ser riguroso y objetivo, más todavía si se trata de entender por qué surgen las opresiones y, sobre todo, por qué se mantienen a través del tiempo.

210. Tal y como las entendemos en la actualidad, relacionadas con elementos sexuales, de género, etnia, religiosas, territoriales, culturales, vinculadas a la identidad, etc. No se afirma que el Paleolítico fuera una etapa de justicia y libertad.

211. Aguiriano, M.; El Proyecto Comunista: la propuesta política de Marx, Contracultura, 2022, disponible en: https://contracultura.cc/2022/09/08/el-proyecto-comunista-la-propuesta-politica-de-marx/?_thumbnail_id=2094

sociedad de individuos libres²¹¹. Pues el proletariado no puede emanciparse sin emancipar a la humanidad, porque su liberación pasa necesariamente por la superación de todas las formas de opresión que dividen a la clase, y de la del modo de producción capitalista en la que todas ellas se enmarcan.

La cuestión no es negar las diferentes formas de opresión, sino reflexionar en torno a cuál debe ser el punto de partida de su análisis, para oponerles una práctica eficaz y capaz de hacerles frente. Nuestra generación es hija no solo de la derrota histórica del comunismo sino de la contrarrevolución, y todo lo que nos ha venido dado viene influenciado, en mayor o menor grado, por este hecho. Es por eso que los militantes comunistas de los Países Catalanes consideramos hoy que todo en lo que creemos debe ser cuestionado, incluso el marxismo, porque solo cuestionándonos si algo es cierto podremos estar más cerca de saberlo. Solo aquellos que sienten pereza por descubrir la verdad y hacerse autocrítica reaccionan violentamente ante las críticas o los cuestionamientos. Es por eso que necesitamos cuestionarnos a nosotros mismos y tener un sentido crítico lo más desarrollado posible: esa es la vivacidad de un proyecto, ese es el espíritu de la perseverancia.

Así, algunas de las primeras ideas que hemos cuestionado eran las siguientes: al españolismo imperante, ¿solo se le puede responder con nacionalismo independentista? A la opresión nacional que se da en el Estado, ¿solo se le puede responder con la independencia y la creación de un nuevo Estado -burgués-? ¿Se benefician de esta opresión los trabajadores de la nación opresora? Y, sobre todo, ¿ha de ser la independencia nacional la prioridad de los trabajadores de la nación oprimida?

Es en ese último sentido en el que se crea una brecha insalvable con la EI: mientras unos consideramos que lo que debe primar es un programa comunista que atienda a la liberación total, otros caen en planteamientos etapistas, basándose en criterios no refrendados por la realidad. Me explico: a pesar

de que la EI hable de la inseparabilidad de los ejes, afirma al mismo tiempo en reiteradas ocasiones que *es la independencia lo que* permitiría la existencia de un posterior socialismo.

De esta manera, a la independencia nacional se le confieren unas capacidades que deberían ser propias del sujeto político, porque quien tiene capacidad para producir una transformación social son los seres humanos, en tanto que seres sociales. Son las personas y no las naciones (o los géneros, o las *razas*) las que llevan a cabo los cambios, rupturas y revoluciones. Lo que no entiende la EI es que, en nuestro contexto histórico, dadas las determinaciones sociales que incorpora el modo de producción capitalista, el conjunto de seres humanos con el potencial para llevar a cabo la transformación social total de nuestra realidad e impulsar la revolución socialista son los proletarios –y todo aquel que se adscriba a sus intereses. Y que la otra opción es la barbarie. Sin embargo, lo que se produce en el nacionalismo es una personificación de la nación, una humanización de la misma y, por ende, una cosificación de los miembros que la componen. Esos miembros estarían a merced del devenir de la nación, y solo podrán liberarse si la nación lo hace primero. La misma receta de siempre, tomando elementos esencialistas que atribuyen a la propia nación supuestos valores como el coraje, la valentía o la resistencia.

No obstante, el “nacionalismo revolucionario” afirma que la independencia de la nación oprimida facilita la construcción del socialismo. Desde un punto de vista realista, consideramos que tal afirmación es una vulgarización de la cuestión nacional. Primero, porque la independencia nacional implica la construcción de un nuevo Estado. El Estado moderno es aquel instrumento de dominación propio de la burguesía: nació con ella como clase emergente y morirá con ella si la revolución socialista se completa. La construcción de un Estado independiente catalán podría ser catalogada como un avance en materia de autodeterminación, pero continuaría siendo un elemento coercitivo. Además, anhelar tener un Es-

tado propio parece obviar la dinámica competitiva y violenta que se establece entre los estados capitalistas, que entran en conflictos de intereses permanentemente; así, pues, catalanes tendrían que luchar contra vascos, portugueses y senegaleses.

Segundo, porque no hay nada que pruebe que la “conciencia como pueblo oprimido” facilite la adquisición de conciencia de clase. Este es uno de los argumentos más quemados por la EI, pero lo cierto es que en Catalunya hay cientos de miles de trabajadores que entienden que viven en una nación oprimida, pero no han conectado con el proyecto comunista. Y no parece que estén cerca de hacerlo. La idea que defienden nuestros socialdemócratas es que como los trabajadores catalanes ya están oprimidos *por una cosa*, es más fácil que entiendan que *también* lo están *por otra*. Querer afirmar que lo uno es consecuencia de lo otro es, en el mejor de los casos, pecar de inocencia; en el peor, tergiversación. Al mismo tiempo, este silogismo se derrumba si se intenta aplicar en territorios de los Países Catalanes como el País Valenciano.

En tercer lugar, la historia nos demuestra cómo decenas de territorios se han independizado de otros estados e imperios. Estas independencias han sido lideradas principalmente por clases sociales emergentes que comenzaban a acumular un poder cada vez mayor en su territorio, como es el caso de los criollos americanos; aquellos estratos sociales que han peleado por la construcción de un estado propio estaban peleando, en realidad, por la construcción de un mercado propio, con una regulación propia y que respondiese a los propios intereses. Además, ninguna de las naciones independizadas durante los últimos doscientos años es hoy un Estado socialista. Claro está que el hecho de que algo no haya pasado nunca no quiere decir que no pueda pasar en el futuro. Y claro está que no hay fórmulas preestablecidas para la construcción del socialismo, que aguarden a ser leídas en bibliotecas. Pero lo que podemos asegurar es que la independencia de una nación oprimida, la construcción de un nuevo Estado capitalista, no

es una garantía para una ulterior revolución socialista. De la misma manera que no tiene por qué ser siempre un impedimento, ni un factor que retrase el proceso revolucionario.

Lo conflictivo de este planteamiento es por lo tanto que, si la nación adquiere estas capacidades liberadoras, si todo depende de las fronteras y la soberanía de la nación -y no de la soberanía del proletariado-, si la independencia de la nación es la clave que por fin romperá con nuestras cadenas, ¿en qué posición se sitúa a aquel que no piensa así? Evidentemente, lo normal es que, si tu nación es tu salvación, aquellos que dicen lo contrario sean tus enemigos.

Pero ¿cuál es el origen de todo esto? ¿Es sencillamente un error conceptual? ¿Es que hay militantes que han hecho una lectura equivocada? Seguramente, ese sea el caso de muchos de los todavía miembros de la EI, que con sinceridad creen que la militancia en ese espacio político es la más válida contribución para la revolución socialista. Pero, en general, no se trata de una mera equivocación. La dirección de la Esquerra Independentista, y especialmente la de Endavant y la CUP, son plenamente conscientes DE que su programa responde a los principios y fundamentos de la socialdemocracia nacionalista y no del comunismo. De nuevo, el mismo debate vuelve a la palestra de la historia. En este caso, el eje central del debate es la cuestión nacional, no porque los comunistas que venimos de la EI estemos especialmente obcecados con este tema, sino porque es el eje vertebrador de la propuesta de la EI. Es esta afirmación recurrente de que el comunismo *no es suficiente* y que necesita ser completado con otros dos elementos (nacionalismo y feminismo) la que ha determinado gran parte del debate.

EL PROBLEMA NACIONAL: APUNTES Y ESBOZOS

Es complicado definir cuáles son las características nacionales que, precisamente, configuran una nacionalidad.

Hasta el siglo pasado, algunos elementos que contribuían a la definición de una nacionalidad podían ser la religión y la etnicidad, entre otros. Hoy, estas dos características ya no son funcionales para diferenciar una nación de otra, al menos en occidente. El retroceso de las religiones y el avance de las migraciones a nivel global están contribuyendo a que la mayoría de la sociedad deje de tener en cuenta estos aspectos para definirse nacionalmente. No obstante, es cierto que los sectores más reaccionarios en occidente siguen haciendo una defensa del cristianismo y la etnicidad caucásica para reforzar sus proyectos nacionalistas. Aun así, hay otras características que han perdurado a lo largo del tiempo: la historia, la cultura compartida y la lengua.

Por lo que a la historia se refiere, lo complejo de esta es que a menudo el historiador está posicionado y suele servir a un bando del presente, dibujando una historia que nunca fue, destacando solamente los aspectos que interesan o escribiendo mitología más que datos comprobables. En el mejor de los casos, hay historiadores honestos que aparcan a un lado su adscripción nacional (en nuestro caso, española, catalana, valenciana, mallorquina...) y tratan de contribuir al conocimiento científico. Lo que descubrimos con estos últimos es que no hay nación que se configure históricamente de forma “pura”, exenta de todo conflicto y contradicción. La relación entre las construcciones históricas del nacionalismo español y el nacionalismo catalán es la mejor prueba de ello. Pero nuestra pregunta es: ¿Por qué hay que elegir bandos cuando ninguno es el nuestro? Y derivada de esta: ¿Debe el proletariado consagrar todas sus energías al problema nacional? O, al contrario, ¿debe tratar el problema nacional desde su posición de clase en lucha contra la burguesía de todas las naciones? Por supuesto, nosotras nos decantamos por la segunda opción, pues oponerse al nacionalismo no es, ni de lejos, obviar la cuestión nacional.

A menudo, desde el “nacionalismo revolucionario” se han reproducido ciertos clichés que positivizan unas supuestas

características que serían propias de la nación oprimida, oponiéndolas a otros supuestos conferidos a la nación opresora. En el caso que nos atañe, muchos independentistas reproducen prejuicios como que los catalanes son cultos y los españoles unos paletos, entre otros. Se construye un imaginario español basado en la idea de *la caspa*, lo hurraño, cerrado, conservador, ignorante, violento, temible incluso. Al fin y al cabo, se reproduce una idea que acaba siendo más moral que política y el quid de la cuestión está, seguramente, en eso.

Parece que, en el camino por defender ciertas cuestiones nacionales (referéndum sobre la independencia, derechos lingüísticos, idiosincrasia), acabamos por olvidar que la identidad que nos representa en este momento no es una identidad construida en libertad. Se habla de defender la cultura catalana, pero una de las principales limitaciones que vemos en la concepción que tiene la EI sobre la cultura es que es una concepción nacionalista. Se reduce el hecho cultural a los rasgos nacionales, como la lengua y algunos elementos folklóricos. Es decir, se reduce la cultura a características que nos diferencian de otras naciones.

La cultura, no obstante, es el conjunto de elementos que atraviesan la vida social, conformado por los marcos de conducta y los marcos de comprensión, dando significado a lo que hacemos. Comprensión y conducta están relacionados e influyen en el desarrollo histórico. En este sentido, nuestra manera de comprender el mundo y de actuar sobre él están mediadas por la cosmovisión hegemónica, que es la que responde a la lógica capitalista y los intereses de la burguesía²¹². Por lo tanto, no es únicamente el hecho nacional el que constituye una cultura y no deberíamos positivizar unas culturas u otras, sino garantizar que finalicen las relaciones de dominación que permiten la posibilidad de que una nación oprima a otra. Así, como el estudio de la CEP nos está permitiendo entender, cabe incidir en que:

212. Sabaté, N.; Cultura i art en la construcció de l'hegemonia comunista, *Horitzó Socialista*, 2022, disponible en: <https://www.horitzosocialista.cat/index.php/component/content/article/cultura-i-art-en-la-construccio-de-lhegemonia-comunista?catid=8&Itemid=101>

213. Dachevsky, F.; El capital y la nación desde la crítica de la economía política, Revista Izquierdas (Nº 50), 2021, p. 21.

«La nacionalidad es la conciencia de comunidad del productor de mercancías. Nos refiere a una experiencia que tiene sobre su propia práctica. La nación implica pertenencia impersonal a la cultura. El hombre con conciencia nacional mantiene una relación social cosmopolita por su contenido, pero solo puede identificarse con el espacio de sociabilidad que en la práctica lo reconoce comprándole su mercancía»²¹³.

Y ello no quita que seamos conscientes de que el caso de los Países Catalanes existe una evidente persecución hacia *lo catalán*, con unos estados español y francés caracterizados por el centralismo, el nacionalismo absolutizador y la tendencia homogeneizadora propia del capitalismo. Esta tendencia a lo homogéneo vive en una tensión permanente con los rasgos propios de cada territorio, y la lucha por la supervivencia de ciertas identidades es una lucha agónica que tiene pocas expectativas de éxito. Dicha tendencia viene provocada por factores de índole política, económica e ideológica. Entre otros elementos, cabe destacar la homogeneización del modelo de producción capitalista, que implica que las relaciones clasistas propias del capitalismo se extiendan a todo el planeta; que la relación con los recursos naturales sea similar en todo el mundo; que la desposesión y la competencia sean elementos que determinan todas nuestras relaciones. Todos estos elementos pueden ser categorizados como económicos, pero tienen una evidente repercusión en lo político y en la configuración de las culturas de todo el globo terráqueo. En este sentido, no es que el capitalismo sienta una animadversión natural contra las naciones y culturas minorizadas y minoritarias: es que necesita asumir esta tendencia hacia lo homogéneo para reproducirse. La destrucción de unas culturas y la imposición de otras es un lienzo que la historia nos pone ante los ojos. Tomar partido desde una posición mínimamente progresista es fácil: todo aquel que no sea reaccionario verá la injusticia que implica la destrucción de una cultura, así como la perversión y crueldad necesarias para llevar a cabo dicha destrucción.

No obstante, la cosa se complica cuando nos ponemos manos a la obra: ¿qué hacer para parar esto? Seguramente la respuesta a esta pregunta deba pasar por preguntas más precisas: ¿a quién le interesa la opresión de las naciones? ¿cuál es nuestro proyecto político? ¿quién lo impulsa y desarrolla? A todas estas preguntas, la Esquerra Independentista catalana les ha ofrecido como respuesta la formulación de la Unitat Popular, que a nuestro parecer es una expresión estratégica en consonancia con los intereses de la clase media.

CARACTERÍSTICAS FUNDAMENTALES DE LA UNITAT POPULAR

La Unidad Popular ha tenido un contexto histórico más allá de la Esquerra Independentista, cosa que le confiere muchas ramificaciones ideológicas y estratégicas. En el caso catalán, se han introducido una serie de elementos para adaptarla a los postulados del “nacionalismo revolucionario” y sus aspiraciones políticas, sobre todo relacionadas con un proceso nacionalista.

Podemos definir la UP como una estrategia histórica de la EI, basada en un proceso de acumulación de fuerzas populares, que debiera ser capaz de generar espacios de contrapoder en todos los ámbitos. A partir de este proceso, se busca la construcción de un bloque histórico popular que dispute el poder a la burguesía (española y, en teoría, también a la catalana) para lograr la independencia de los PPCC y su transformación en clave socialista y feminista.

La visión particular que se ha utilizado del marxismo para teorizar la UP es una visión, como apuntábamos antes, determinada por la coyuntura presente, que a su vez está determinada en parte por la derrota histórica del movimiento comunista a escala internacional. Este concepto propicia ciertas críticas y propuestas de mejora del marxismo que, paradójicamente, se hacen desde fuera de la óptica marxis-

ta. La principal crítica que se le haría al marxismo desde los nuevos movimientos sociales y las nuevas izquierdas es que este habría desestimado “otras” opresiones que existen en la sociedad, como la opresión racial o la de género, por ejemplo. En esta situación, el comunismo debe ser “completado”, se le tienen que añadir otras bases teóricas. La crítica, desgraciadamente, se hace creyendo que el comunismo es sinónimo del sindicalismo.

Conciben, pues, el sistema como un conjunto de opresiones superpuestas. Esta percepción fragmentaria de la realidad como un conjunto de esferas separadas nos hace incapaces de dirigir nuestras fuerzas a la raíz del sistema. Es imposible porque no se contempla el papel estructural de los procesos productivos en el establecimiento de las relaciones capitalistas. Solo se presta atención a las consecuencias, a aquello que podemos percibir a simple vista en nuestra realidad cotidiana: la pobreza, la hipersexualización de las mujeres, etc. Al mismo tiempo, se naturalizan elementos tan problemáticos como los precios y los salarios, imaginando que el mundo ideal *tiene* precios y salarios justos, sin darse cuenta de que esta formulación es un oxímoron.

NACIONALISMO

Una de las características principales de la Esquerra Independentista es el predominio de la lucha independentista. Podríamos decir que la EI, como movimiento, nace con el objetivo principal de conseguir la independencia de los Países Catalanes, y que el resto de los procesos de lucha se subordinen a este objetivo.

En el documento ‘*Per una Política Independentista de Combat*’ del Moviment de Defensa de la Terra (MDT) en 1986, se habla ya de “la base social, es decir, los sectores sociales objetivamente interesados en la lucha independentista”, haciendo orbitar todo este proceso de acumulación de fuerzas en tor-

no al proceso independentista. Dicho documento constituye una de las bases de los planteamientos de la EI. En este mismo texto, se llega a asegurar que “la pequeña burguesía tradicional forma parte objetivamente de las clases populares catalanas, pero está sometida a la influencia de la ideología conservadora”. En cambio, considera que “la pequeña burguesía tecnócrata forma parte de los sectores objetivamente defensores del sistema de dominación (español y francés)”. Es decir, prácticamente se distingue entre una burguesía con la que se pueden hacer alianzas y otra con la que no, pero siguiendo unos criterios nacionales. Hasta este punto el nacionalismo fundamenta ideológicamente la EI. En este texto resulta muy evidente y explícito, pero esta concepción todavía se mantiene dentro del movimiento, de forma más o menos clara.

Reiteradamente se afirma que la independencia “es la expresión política de la lucha de clases en los Países Catalanes”. La reflexión que pivota en torno a esta frase es que la independencia de los PPCC nos conducirá necesariamente al socialismo, de forma que no hay independencia sin socialismo ni socialismo sin independencia, son dos procesos ligados “inseparablemente”. Podemos ver que esta afirmación es una falacia; la independencia de los PPCC no necesariamente conduce al socialismo y, de hecho, nunca se ha explicado el porqué de esta afirmación ni el cómo se haría realidad.

En la Ponencia Ideológica de Arran de 2018, se defiende que “desde las diferentes estructuras o espacios de poder anticapitalistas y feministas de todo el país se puede gestar una identidad de país”. En vez de avanzar en la consolidación y cohesión del proletariado bajo un programa comunista, se apuesta porque en estos espacios se genere una identidad de país. No solamente se yerra en los medios (participación en espacios interclasistas, sin estrategia) sino que el fin, el trabajo que se quiere realizar a partir de esta participación política, también viene impregnado de nacionalismo y orbita fuera de la lucha de clases. Dentro del marxismo se puede

214. Marx, K.; Comunidad, nacionalismos y capital (Textos inéditos), Presidencia de Bolivia, 2018, p. 188, disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/selecciones/marx-comunidad-nacionalismos-capital.pdf>

comprender y tratar la cuestión nacional; fuera de este, solo queda sitio para el nacionalismo. Estas luchas no se desarrollan para avanzar en la lucha de clases sino simplemente con la intención de generar una identidad nacional. La supeditación de toda la lucha a la independencia de Catalunya ha estado convirtiendo a la Izquierda Independentista en poco más que el ala izquierdista del movimiento independentista catalán, vestida de radicalismo. Este nacionalismo también ayuda a explicar las dificultades de la EI para articularse en zonas como la Catalunya Nord, el País Valencià o las Islas Baleares.

Con una distancia insalvable en este punto, nosotras hemos decidido que a su nacionalismo debemos contraponerle el internacionalismo proletario, es decir, la universalidad de condiciones e intereses del proletariado, así como la universalidad de cada una de las experiencias revolucionarias particulares. Este principio emana y tiene como base rectora la creciente universalidad de las condiciones y relaciones de producción capitalistas, pues cada vez en más lugares de nuestro planeta se está perfeccionando la maquinaria de explotación capitalista. Así, ante esta situación, los comunistas ponemos el principio de clase por delante del principio de nacionalidad. Pues como recordaba Marx: «*La nacionalidad del trabajador no es la francesa, ni la inglesa, ni la alemana; es la del trabajo*»²¹⁴. Trabajo que, en tanto práctica social, tiene entonces el potencial de destruir el principio interclasista de nacionalidad, afirmación de la comunidad de burgueses particulares de un territorio concreto.

Esta visión estratégica no responde a unas priorizaciones azarosas, identitarias o particulares de las formas de lucha, sino a la forma que tiene el capital de reproducirse y perpetuarse. El capital opera de una forma concreta y, por lo tanto, se le debe combatir a partir de unas formas basadas en criterios científicos, que nos permitan avanzar en la revolución. Es precisamente esta concepción la que abre el camino y permite salvaguardar y dar una salida a las expresiones de

carácter nacional que existen en los Países Catalanes, como la lengua, la cultura, la historia y la idiosincrasia propias de dicho territorio. Pues el socialismo no solamente acepta las particularidades del proletariado de cada nación, sino que pone las condiciones para su desarrollo libre de competencia, siendo la única vía para acabar con la explotación humana y la opresión de unas naciones hacia otras.

Por tanto, para concluir este punto, creemos necesario señalar que, atendiendo a todo lo dicho, el concepto de "nacionalismo revolucionario" nos resulta entonces un oxímoron, una contradicción en sus propios términos. Pues si la acumulación capitalista es internacional en su contenido y nacional en su forma, con la creación de mercados internos que se corresponden con determinadas fronteras nacionales y un sistema de estados competidores y rivales en el mercado mundial, el nacionalismo sólo puede ser la expresión ideológica de la subordinación del proletariado a las lógicas y límites del estado y el capital, un obstáculo a la asociación internacional de los trabajadores que dispersa, enfrenta y hace competir entre sí a los mismos. Y, con todo ello, el nacionalismo sólo puede suponer a su vez la subordinación del proletariado a la socialdemocracia, punto en el que creemos que nuestra crítica enraíza del todo con la temática de este número.

Por ello, frente al nacionalismo, estimulador de la socialdemocracia y promotor de la competencia entre proletarios, nosotras apostamos por el socialismo, realizador efectivo de la libre asociación entre los mismos. Esto es lo que entendemos como la única opción revolucionaria posible en nuestro momento, de tal forma que dicho adjetivo solo puede corresponder al comunismo, y en ningún caso a ningún tipo de nacionalismo. Y es que, en atención a la CEP:

«Las potencias revolucionarias de la clase obrera no se desarrollan confirmando lo nacional, ni como negación inmediata desde un internacionalismo abstracto que, todavía mediado por la nacionalidad, se afirma unilateralizando el cosmopolitismo latente a la mercancía, sino

215. Dachevsky, F.; El capital y la nación desde la crítica de la economía política, *ibid.*, p. 24.

del enfrentarse al contenido mundial de la relación social enajenada que la determina como sujeto universal. En definitiva, la crítica de la nacionalidad no surge exteriormente a la crítica de la economía política, sino que es su desarrollo»²¹⁵.

Principios, por lo tanto, que deben traducirse en hechos reales que se manifiesten en nuestras acciones, esto es, en las luchas reales que emprendamos, en las decisiones que tomemos, en las alianzas que tejamos y en los enemigos que combatamos.

EL SUJETO POLÍTICO

Para el “nacionalismo revolucionario” (como ya hemos mostrado, una contradicción en sus términos), el sujeto político no puede por tanto ser otro que el de las clases populares catalanas, que a veces se suma con una apelación aún más abstracta a la nación como sujeto de lucha. Nuestros nacionalistas tampoco han sido muy claros a la hora definir quién entra dentro de estas clases populares: autónomos, pequeñoburgueses, aristocracia obrera, jubilados, niños, amas de casa... Pero a partir de la praxis y el proyecto político de las izquierdas independentistas se puede deducir a quién se dirigen realmente. En ocasiones, estas organizaciones han jugado al cambio de vocabulario para dar una imagen de radicalidad, sustituyendo las clases populares por la clase trabajadora, pero sin cambiar el programa político, la manera de trabajar ni los objetivos. Simplemente son cambios léxicos, virajes hacia posturas superfluas, aparentemente nuevas pero vacías en última instancia. No obstante, las izquierdas independentistas siguen dirigiendo su actividad hacia las clases medias independentistas. Son los intereses de estas clases los que representan cuando hablan los hechos, y no la semántica.

Se define la UP como un movimiento ancho, heterogéneo e integrador. Es decir, no se define bien cuál es el sujeto político

de la misma, pero, en cambio, se deja claro que son un movimiento abierto, participativo y democrático. Vemos constantemente el uso de terminología abstracta y sin significado, que acaba reforzando los mecanismos burgueses de participación política. Uno de los ejemplos más claros de la falta de reflexión sobre el sujeto político, o más bien dicho, de cómo la EI se ha integrado completamente en las coordenadas de la socialdemocracia, lo vemos en el siguiente fragmento del texto escrito por Endavant en 2014 titulado *‘El procés sobiranista i l’EI*, que afirma que:

«El proceso soberanista, juntamente con otras coyunturas existentes en los Países Catalanes, abren la perspectiva de un posible nuevo ciclo y, por lo tanto, nos debe permitir desplegar un proceso de debate, construcción y socialización de una alternativa socioeconómica compartida con gran parte de la izquierda rupturista de los Países Catalanes».

Tales eran las intenciones de debate de la Izquierda Independentista catalana que cuando se dio la disyuntiva interna ante investir o no a Artur Mas, la dirección amañó los resultados fingiendo un falso empate. La paradoja se cuenta sola: para “contentar” a los del no, se sustituyó a Artur Mas por Carles Puigdemont, quien sería el President de la Generalitat de Catalunya desde ese momento. Durante el mandato de Carles Puigdemont, la persecución a las juventudes de Arran no cesó, ni tampoco a los sindicalistas de la COS y el SEPC, ni siquiera a las propias direcciones de la CUP y Endavant. La rueda siguió girando y casualmente, los independentistas en el gobierno no frenaron los desahucios que nuestros compañeros paraban resistiendo porrazos, ni revirtieron los recortes, ni dejaron de espiarnos. Y como ya es sabido, no cumplieron el llamado “mandato del 1-O”, dejando en papel mojado todo lo sucedido en octubre de 2017.

Posturas similares se encuentran reiteradamente en la EI, concibiendo que el papel de la participación en las instituciones es la de tensar el espectro político de los PPCC -a efectos

216. Claramunt, S.; Subjecte i estratègia socialista. Una primera aproximació, Horitzó Socialista, 2022, disponible en: <https://www.horitzosocialista.cat/index.php/component/content/article/subjecte-i-estrategia-socialista-una-primera-aproximacio?catid=8&Itemid=101>

prácticos, solamente en Catalunya- hacia la izquierda. No se aspira a generar un movimiento independiente de las estructuras burguesas, sino que se aspira a reforzar el Estado del Bienestar desde una perspectiva keynesiana y nacionalista al mismo tiempo. Evidentemente, la supeditación ideológica y estratégica al programa burgués es total. Este es precisamente el papel que debe jugar la socialdemocracia en el escenario capitalista. Reconducir aquel sector de la clase trabajadora más crítica con el sistema para, a partir de pequeñas reformas, situarlo dentro de los parámetros y la influencia del capital. Por eso, la CUP supone poco más que una voz provocadora, pero impotente en el Parlamento. No se sitúa fuera del marco burgués, ni construye un poder político independiente: su fuerza fuera de las instituciones es mínima y no es capaz de articularse para moldear la revolución socialista, porque está, de lleno, unida a la burguesía.

Ante la falta de un sujeto político definido, desde el Movimiento Socialista en construcción estamos dando nuestros primeros pasos para la articulación política del proletariado, sujeto histórico bajo cambio constante, pero con la capacidad real de acabar con el capitalismo²¹⁶. Por ello, para emprender la construcción del socialismo desde ya, entendemos que tenemos tres tareas principales: el desarrollo de las capacidades ideológicas y organizativas, la socialización de las tesis comunistas y la organización en espacios de encuadramiento político. Y para conseguir dichas tareas tenemos ante nosotros grandes retos, como son la constitución de nuevas organizaciones fuertes e independientes políticamente y la consolidación de un modelo militante coherente con nuestros objetivos y principios.

EJES Y PARCIALIZACIÓN DE LA LUCHA

El “nacionalismo revolucionario” concibe de manera disgregada la formación social en la que vivimos, a partir de sistemas diferenciados que, fruto de una especie de casualidad

histórica, tendrían cierta relación entre ellos. En consecuencia, la propuesta política que aplican es también basada en parcialidades. A partir de aquí, se han determinado tres ejes de lucha: la independencia, el socialismo y el feminismo.

Se asegura que los ejes se encuentran al mismo nivel, pero hemos visto la preponderancia de la lucha por la independencia dentro de la EI en el caso catalán, algo que se hace mucho más fácil de ver en el caso de Euskal Herria. Durante los últimos tiempos hemos atendido episodios delirantes: miembros de EH Bildu homenajeando a la Ertzaina, dirigentes de la CUP abrazándose con convergentes, miembros de Arran trabajando con Mossos d'Esquadra en pro del llamado urbanismo feminista y un largo y desgraciado etcétera. Por alguna razón, siempre hay un motivo para darse la mano con el enemigo.

Los ejes suponen la evidencia de la falta de consenso estratégico dentro de la EI catalana: hay organizaciones como el SEPC que consideran que el ecologismo debe ser el cuarto eje, otras que solo tienen tres como Arran y finalmente la CUP, que evita utilizar la palabra socialismo siempre que puede. Este hecho, que podría parecer puramente terminológico, es en realidad reflejo de la desorientación estratégica del movimiento. Otro ejemplo puede ser el documento '*Construir un nuevo camino hacia la República socialista y feminista de los PPCC*', de Endavant (2019), que dice que las luchas «*deberían cristalizar en un programa político de Unidad Popular, en un conjunto de reivindicaciones en clave de autodeterminación, cambio social, feminismo y ecologismo*».

Observamos, en definitiva, una tendencia creciente a la comprensión parcial de la realidad y a la división estratégica que se produce. División que se demuestra por principio importante a la hora de confrontar, y no digamos ya de superar, la totalidad capitalista. Por ejemplo, en las ponencias de la asamblea fundacional de Arran, se entiende la UP como un proceso de acumulación de fuerza popular en clave indepen-

dentista y anticapitalista. Es decir, un proceso supeditado a la independencia, donde se acumulen fuerzas en torno a un sujeto interclasista y aglutinador como es el del pueblo, con una tendencia vagamente izquierdista, crítico con el gran capital, pero sin la capacidad ni la voluntad de formular y concretar una propuesta que lo supere. Formular una propuesta no es tener un eje que se llame socialismo; es entenderlo, estudiarlo, desarrollarlo para vislumbrar no solo las expresiones más agresivas de los grandes capitales, sino las relaciones sociales de producción del sistema capitalista, que van mucho más allá de estas expresiones más crudas, y que son omnipresentes.

En resumen, cuando se observa la sociedad de esta manera, se opera de la siguiente manera: al machismo, se le debe oponer el feminismo; al nacionalismo español, nacionalismo catalán; al capitalismo, socialismo (entendiendo el socialismo como algo meramente económico). La perspectiva que nosotros consideramos más acertada es por contra la de luchar contra todas las opresiones siendo conscientes que estas solo pueden desaparecer si se construye un marco nuevo de relaciones sociales donde no haya lugar para la competencia, la propiedad privada, el Estado, las clases sociales y, en definitiva, ningún tipo de violencia, privación de necesidades ni extorsión.

Obrerismo

El obrerismo es ante todo una ideología identitaria, un componente importante de la política de masas de la EI y de la socialdemocracia en general. Es ese discurso y esa práctica obrerista la que dota de un revestimiento «de clase» a una política que ataca frontalmente a los intereses de la clase obrera. El obrerismo es un intermediario imprescindible en la vía que conduce a la política socialdemócrata en una política de masas, es lo que dota de arraigo social a estos movimientos reformistas.

Estas posiciones han tendido a reducir al socialismo a una estricta crítica económica señalando la incompetencia de los burgueses y denunciando la injusticia del sistema imperante. Arrinconando la lucha de clases en el terreno parcial de la economía, se niega la posibilidad de transformar la realidad en su conjunto. La crítica económica se muestra solo en el aspecto distributivo, se naturaliza la producción de mercancías y se le añade el elemento que nos falta: la gestión obrera. Si los obreros gestionaran la economía, no habría desigualdades, sin saber que es precisamente la forma en la que se presenta la sociedad actual el origen de las desigualdades. La lucha por el socialismo sería, bajo este planteamiento, una lucha estrictamente laboral, en la que las organizaciones predominantes serían los sindicatos y el objetivo de estas, la mejora de las condiciones laborales. Esta concepción concibe a la clase obrera como una clase a perpetuar, y encorseta su potencia en la economía capitalista. El obrero, por tanto, queda limitado y ligado a la estructura productiva capitalista, no se concibe sin este sistema de explotación. Precisamente así se limita la capacidad de liberación del proletariado y la posibilidad de construir una nueva sociedad.

La política de masas reformista que acompaña al obrerismo tiene la función de actuar en un terreno parcial, pero con vocación de proyectar una imagen de totalidad para apelar a un mayor número de obreros. Hay que decir que actualmente se sigue identificando al movimiento obrero con la capa que es objeto del obrerismo, pero la centralidad de este tipo de figuras es cada vez menor. La respuesta a esto consiste en la adición meramente cuantitativa de nuevos sujetos, lo que permitiría mantener esta vocación de masas y asegurar la existencia de una base social sólida bajo las directrices y los intereses de la socialdemocracia. Y es aquí cuando descubrimos uno de los principales motivos por los que la socialdemocracia utiliza el obrerismo: la voluntad de anular las potencias políticas del proletariado. El obrerismo identifica la lucha de clases con las reformas económicas en el plano institucional, que es el plan donde se ganan o se pierden aquellas cuestio-

nes relacionadas con el capital de las clases medias. A esto, se le ha llamado “mejorar las condiciones materiales de los obreros”, un chantaje recurrente que se expresa en la realidad mediante la burocracia del Estado.

La Esquerra Independentista exalta el orgullo de clase tapando con ese orgullo y discursos positivos las condiciones de pauperización y de exclusión social en las que vive el proletariado. Este tipo de discursos, que acaban alabando la explotación, tienen como resultado la despolitización y aceptación de la condición de explotado del proletario. Frente a ello, a nuestro juicio la superación del obrerismo es una condición para relanzar la lucha de clases. En este sentido, los comunistas, cuando identificamos al proletariado como sujeto revolucionario, no lo aceptamos simplemente como producto del capitalismo, sino que valoramos su potencial a la hora de superarlo, su capacidad de producir una nueva sociedad, de tal forma que entendemos la clase como relación de lucha y como identidad a superar, no a reforzar.

Toma del poder

Desde el “nacionalismo revolucionario”, se concibe la toma del poder a partir de una estrategia de acumulación de fuerzas a largo plazo que derive en la conformación de un bloque histórico revolucionario que derribe al viejo poder. No se plantea que en este largo y constante proceso pueda haber potentes embates de la burguesía que obliguen a reformular la estrategia. Teniendo en cuenta que el objetivo es la independencia, se opta por esta estrategia de desgaste a largo plazo con el objetivo de salvaguardar al pueblo catalán. El MDT le llama la «política de combate permanente, donde lo que debemos asegurar es el hecho de durar, porque eso sí depende de nosotros», y luego esperar a que el enemigo Yerre. Pero esta no es una estrategia revolucionaria, es una estrategia derrotista y defensiva amoldada a los intereses de la burguesía catalana, que no es una clase revolucionaria, puesto que ostenta el poder político. Esto hace que la EI no haya avanzado

en términos de toma del poder a la espera de ese *momentum* que no llega nunca, de esa esperanza de prepararnos constantemente para el momento mágico en que el enemigo falle.

Dentro de la ponencia de la CUP de 2009 se afirma así que «entendemos a la Unidad Popular como una agrupación de movimientos populares y organizaciones políticas [...] de las clases populares anticapitalistas con un programa claro de reivindicaciones concretas». Añaden, «la unidad popular combina la movilización y la desobediencia civil de los sectores populares junto a la acción institucional». Esta desobediencia civil se encorseta dentro de los límites permitidos por el sistema capitalista, no se puede aspirar a alcanzar un proceso revolucionario que impulse una transformación social con estos marcos de lucha burgueses.

Dentro de la estrategia de toma del poder, la lucha institucional ha tenido una presencia importante y permanente en el movimiento. Esta es una situación paradójica, ya que una serie de propuestas reformistas deben conducir a los movimientos sociales a la conformación de un bloque supuestamente revolucionario que, tendencialmente, debe acabar con el capitalismo y con todo tipo de opresión. Esta es la historia reciente de la Izquierda Independentista, el intento de conformar un bloque histórico a partir de la acumulación infinita de fuerzas en los diferentes movimientos sociales y el intento de unificarlos con acciones conjuntas que puedan demostrar los puntos en común de todas las luchas, pero nunca a partir de una comprensión de totalidad del sistema capitalista, sino solo desde los efectos que las distintas opresiones tienen sobre el “pueblo”.

En la CUP se hace además un énfasis importante en el municipalismo. Ello se debe a la misma incapacidad del movimiento de plantear una estrategia de superación del capitalismo, no existe una propuesta totalizadora, con lo que resulta más fácil e intuitivo trabajar a escala más pequeña. Pero esto nos aleja irremediabilmente de las condiciones de

la revolución socialista, reubica la lucha institucional dentro de los marcos burgueses en un ámbito tan carente de poder político como el de la institucionalidad municipal. Es decir, no solo se opta por el municipalismo por cuestiones de horizontalidad del movimiento, asamblearismo, etcétera, sino por sus mismas incapacidades de organizarse a mayor escala.

Interclasismo

En el documento del MDT se hace una distinción clara de la composición que debe tener el movimiento. Considera, pues, clases populares, los «asalariados, los trabajadores individuales o familiares sometidos a la explotación capitalista (excluye a los técnicos superiores y ejecutivos, tal y como aseguran comprometidos en las diferentes áreas de la gestión del sistema), campesinos y menestrales, y pequeños empresarios individuales o familiares». Resulta más que evidente, por tanto, que el concepto clases populares o pueblo, es un concepto interclasista que se utiliza como tal, con la voluntad de unir clases irreconciliables y con intereses antagónicos para facilitar un proceso determinado de independencia.

En este caso, por tanto, el interclasismo es la expresión del proyecto político de la clase media, en el caso de la EI, basando este proyecto en la socialdemocracia. Ante su decadencia como clase, la clase media también intenta mantener su poder económico dentro del capitalismo, y para ello, en el caso de la EI, apuesta por un marco estatal catalán, que resguarda mejor los intereses de las clases medias. Para nutrir estas luchas de la fuerza social necesaria, se utiliza el proletariado para orientarlo y situarlo en las luchas y el programa de las clases medias. Este es el papel que juega el interclasismo dentro de la EI; no es una cuestión meramente táctica, ese interclasismo forma parte de los fundamentos operativos y estratégicos del EI.

Al mismo tiempo, sin embargo, tampoco debería despreciarse el papel que juega la alienación capitalista para confi-

gurar el rol que juegan estas clases dentro de la EI, y en su forma de relacionarse con el proletariado. Debe comprenderse que los individuos y agentes sociales y económicos actúan conforme a unas reglas económicas implícitas en la vida cotidiana, que impregna las decisiones y posicionamientos políticos. Esta lógica capitalista es impersonal y omnipresente, conforma una cosmovisión; esto significa que a pesar de operar a través de sujetos que tienen nombres y apellidos, no responden a las lógicas personales, sino que responden a una lógica sistémica. En este sentido, la independencia política del proletariado será la única forma de combatir esta influencia burguesa. Para caminar hacia esta dirección, es necesario comprender y analizar el funcionamiento del capital. Al mismo tiempo, la configuración de un movimiento político al margen de la EI implica el inicio de la generación de las bases organizativas de esta independencia.

Demandas y reformas en el Estado

La escisión entre medios y fines es la forma que toma muchas veces el reformismo, y el caso de la EI no es una excepción. Si analizamos el programa de mínimos que plantea la Ponencia de Endavant del año 2013, incluye *«la independencia, la soberanía económica, el control público de los sectores estratégicos, la negativa al pago de la deuda, el rechazo a la UE y la defensa de una alternativa anticapitalista de los pueblos y trabajadoras, la defensa de los servicios públicos, el paro de toda privatización y la recuperación de servicios, una defensa y praxis de radicalización democrática, la construcción nacional y defensa de la lengua catalana, una práctica feminista y antipatriarcal, y la defensa del territorio»*.

Esta larga cita contiene pistas interesantes sobre la concepción que tiene la EI de las demandas, y la relación con su misma formulación ideológica. De entrada, ese elemento que se sitúa en primer lugar y que expresa de forma nítida su formulación es la independencia. Luego está el bloque donde se hace presente la concepción socialdemócrata del Estado: en vez de situarlo como una herramienta de dominación de

clase y de apuntar, por tanto, a la necesidad de avanzar hacia la extinción del Estado capitalista, lo toman como marco legítimo, pidiendo que gestione mejor el mercado capitalista incrementando su incidencia en ámbitos como el de los servicios públicos, o asumiendo la gestión capitalista de sectores estratégicos. Asimismo, tampoco se concibe la democracia burguesa como una dictadura de clase, sino que en vez de caminar hacia la dictadura del proletariado, se opta por la formulación generalista de radicalidad democrática. En esta concepción puede observarse cómo la socialdemocracia no es más que el ala izquierda del liberalismo: dentro de los parámetros brutales de explotación y dominación capitalista, se defiende la opción más «radicalmente participativa». El eje del socialismo lo vemos diluido en la defensa de una «alternativa anticapitalista de los pueblos», no definida, y en el caso del feminismo, tampoco se habla de contenidos concretos, sino de una imprecisa “práctica feminista y antipatriarcal”.

Las reformas no son concebidas como una herramienta que se utilice para evidenciar el carácter de clase del Estado, o la dominación que ejerce la burguesía sobre el proletariado en múltiples ámbitos, o la necesidad de una revolución socialista. Tampoco se contempla utilizarlas para mejorar las condiciones de lucha, ni están insertadas en una estrategia revolucionaria. Las demandas nacen y mueren en las necesidades inmediatas de las masas. Cuando el EI formula demandas, suele orientarlas hacia dos vertientes diferenciadas: o bien son demandas que requieren la mediación del Estado, y se vehiculan a partir de la acción institucional de la CUP, es decir, a partir de pactos con el resto de partidos burocráticos en el parlamento burgués, o bien se formulan demandas inasumibles por el grado de organización y desarrollo de la EI, con lo que su recorrido es nulo y solo sirven desde una esfera discursiva.

En ese sentido, encontramos una naturalización total del Estado. Esta naturalización llega hasta el punto de que no se concibe la EI sin la acción institucional. Existe una dependen-

cia política y económica total con respecto al Estado burgués y en sus formas de participación institucional, lo que hace imposible la creación de una línea política independiente. De hecho, la principal fuente de tensiones en la EI ha sido la de la acción institucional de la CUP y las propuestas y votaciones que se llevaban a las cámaras de representantes. Esto evidencia un doble factor: 1. La parte más radical de la socialdemocracia de la EI ve problemática la actuación que se efectúa en estos espacios institucionales; y 2. A pesar de percibir de forma crítica estas actuaciones, existe una imposibilidad para ir más allá de la forma con la que se muestra este reformismo, más allá de esa votación o investidura concreta. Dentro de la EI, estos sectores socialdemócratas más radicales no han sido capaces de comprender los fundamentos ideológicos de la EI y de impugnarlos en su totalidad. No han sido capaces si quiera, por tanto, de vincular a estos elementos que explicitaban más la naturalización y dependencia del Estado burgués, con la totalidad del movimiento político.

Movimiento Popular

La EI hace una apuesta clara por la participación en el Movimiento Popular. Esto quiere decir, participar en colectivos locales (de barrio o de pueblo) que atienden a una problemática concreta: machismo, racismo, ecologismo, fascismo, ocio, vivienda, etc. Es decir, se “envía” a los militantes a participar en estos espacios. Esta dinámica no es esencialmente errónea, pero su planeamiento y ejecución sí que acaban cayendo en graves problemas políticos.

Sobre todo, cuando la finalidad no es socializar y hacer comprensibles las tesis comunistas en ellos, desarrollando espacios de encuadramiento político, sino meramente participar para ganar popularidad. Se reciben entonces consignas marcadas por los ciclos electorales y la militancia las socializa entre estos colectivos, haciendo hincapié en tal o cual tema que después la CUP convertirá en campaña electoral.

Se concibe que esos espacios *ya son* revolucionarios o que no requieren un encuadramiento político porque, por una parte, están formados por trabajadores; por otra parte, porque las luchas que se desarrollan en esos espacios (por ejemplo, contra la violencia machista o los desahucios) son luchas plenamente legítimas. No se tiene el anhelo de acercar el proyecto comunista a los compañeros y compañeras que participan en estos espacios, sino que se pretende que voten a tal o cual candidatura.

A MODO DE CIERRE: TODAS LAS RUPTURAS DUELEN

Como hemos estado pudiendo comprobar, el clima político en el que se está produciendo el cambio de ciclo en el que nos encontramos incluye altas cotas de tensión e inmadurez política por parte de algunos sectores. No obstante, la juventud proletaria que ha experimentado el fracaso de la socialdemocracia y que ha sufrido el efecto de un largo periodo de decadencia capitalista ha tomado la humilde (pero determinada) decisión de empezar a caminar por sí misma.

Todas las críticas recogidas en este capítulo y en este conflicto son críticas que deben ser construidas y recibidas desde la honestidad militante. De nada sirven las actitudes personalistas (voy a atacar a esta persona o voy a pensar que esta crítica está dirigida especialmente para mí), ni las reacciones violentas, como tampoco la desfachatez, ni la soberbia. El veto político que se ha intentado azuzar contra nuestras camaradas en Euskal Herria comienza a articularse contra nosotras mismas en los Países Catalanes. Retiradas de apoyo en materia represiva, expulsiones de casales y ateneos, señalamiento a militantes por sus cargos de responsabilidad, vejaciones, difamaciones, tergiversaciones, reducciones al absurdo.

Todas las rupturas duelen, y con esto queremos decir que entendemos que aquellos con los que un día compartimos tanto hoy tengan profundos sentimientos de rabia, traición y soledad. Es lo que se siente con cualquier ruptura, con cualquier adiós. Con la militancia de la Esquerra Independentista hemos pasado noches en calabozos, hemos compartido dolores y miedos, hemos trabajado largas horas y debatido durante tanto tiempo que parece otra vida. Nos han espiado, nos han perseguido, nos hemos arriesgado voluntariamente a perderlo todo juntas. Pero, sobre todo, nos hemos protegido mutuamente, nos hemos cogido de los brazos cuando el enemigo acechaba, nos hemos visto reflejados en los ojos de los que fueron camaradas.

No obstante, *avanzar es la única manera de no retroceder*. Eso lo aprendimos con ellos, y es lo que estamos intentando hacer. Ser honestos con nosotros mismos, con ellos y con la responsabilidad histórica que nos muestra el horizonte. Es nuestro deber, pero sobre todo debemos vivir este momento como una oportunidad. Como el regalo que es. Nos debemos a los que fueron y a los que serán. Y también a nosotros mismos, porque como me dijo un camarada: *«los únicos momentos verdaderamente humanos son las revoluciones»*.